

EFEMERIDES

EL RAID «PARIS-MADRID»

Venancio del Val

Fue cuando se vio pasar el primer avión por Vitoria. El primer aeroplano, como entonces se decía. Hace ahora 75 años. Tan inusitado suceso constituyó para Vitoria un popular acontecimiento.

Fue exactamente el día 24 de mayo de 1911, con ocasión de que se desarrollara el raid aéreo «París-Madrid». Aunque los vitorianos sufrieron cierta desilusión, al comprobar que —en contra de lo que habían supuesto— no haría escala en esta ciudad.

Y no solamente fueron los vitorianos quienes disfrutaron de tal novedad, puesto que aquí se dieron cita gentes llegadas de fuera, principalmente de Bilbao, el Aero Club de Guipúzcoa, periodistas de la región y hasta de Barcelona, incluso algunos médicos.

Casi sin amanecer del mencionado día se lanzaron los vitorianos a la calle, ansiosos de ver los aparatos. La mayoría se trasladó al campo de Lakua, ante la posibilidad de que en él tomara tierra alguno de los aeroplanos. La Diputación y el Ayuntamiento habían prometido un premio de 2.000 pesetas para el primero que aterrizara en el campo vitoriano. Para indicar el terreno de aterrizaje, si tuvieran necesidad de ello los pilotos, se encendieron grandes hogueras, que también en parte sirvieron para que los curiosos se acercaran a ellas y se aliviaran del intenso frío que hizo hasta las siete de la mañana, que fue cuando comenzó a alumbrar el sol.

Quienes no habían ido a Lakua se trasladaron al alto de Santa Lucía, desde donde se entendía que pudieran divisarse muy bien los vuelos. Las autoridades se quedaron en Judimendi. Aunque, en vista del retraso que se iba dando, decidieron abandonar el lugar y regresar a la ciudad. También quienes se subieron a los tejados o se situaron en las torres de las iglesias. No arredró a la gente el obstáculo que suponía la fría niebla que envolvía a la población en las primeras horas del día para que en coche, en caballo o a pie acudieran a presenciar tan extraordinaria novedad.

El único aeroplano que se consiguió ver pasar fue el pilotado por el ganador del «raid», Julio Vedrines, que fue el que solamente llegó a Madrid en un monoplano en 36 horas.

El primer aterrizaje

El primer aparato que tomó tierra en el campo de Lakua fue otro monoplano, aunque no en vuelo normal, puesto que, debido a haber sufrido una avería en el motor, su piloto, que era el aviador Gibert, se vio precisado a aterrizar en el pueblo de Ordoñana, de donde se trasladó a Vitoria por carretera. Aunque anunció que llegaría en avión por la

tarde, no lo hizo hasta un par de días después, el 26. El aparato se quedó cuidadosamente vigilado por una sección del Régimen de Caballería.

Como la condición para que Gibert pudiera recibir el premio anunciado para aquel que primero aterrizara en Lakua era que tenía que volar sobre la ciudad, se hizo saber que se anunciaría en la pizarra de los periódicos y que lo haría a las dos horas de oírse los disparos de bombas y cohetes. Cuando era mayor la animación, comenzó a llover, y el aviador dijo que volaría al día siguiente. Pero tampoco lo hizo y la decepción del público fue grande. A última hora de la tarde la Casa a la que pertenecía su aparato le ordenó que embalara el monoplano y que fuera a Madrid en tren. No obstante a la mañana siguiente Gibert salió en auto hasta Arriñez con el fin de observar cómo estaba el tiempo y si le era posible volar. No lo fué, y a las once y media desistió definitivamente de su propósito.

Con estos antecedentes se animó la ciudad, que seguía con sus deseos de contemplar las máquinas voladoras. Y el Ayuntamiento, para satisfacer a los vitorianos consiguió contratar a otro aviador, Weis, para que el día primero de septiembre realizara una exhibición de vuelo. Le costó llevar a cabo la hazaña, que seguramente crearía cierto escepticismo, inquietud y hasta desilusión. Se justificaba manifestando que la máquina no respondía. Quería elevarse más y más y poder pasar sobre las cabezas de los espectadores, pero se lo impedía la presión atmosférica. El calor era excesivo y las capas de gases, pesadísimas. Al despegar dificultosamente, el monoplano rozó con sus aletas al público, en el que se produjeron la natural alarma, sustos y carreras. A los dos minutos de haber despegado se vio forzado a aterrizar cerca de Arriaga, en el término de «Las cruces», y volver luego a la pista. Llegó Weis a elevarse hasta 500 metros y permanecer en el aire durante 10 minutos.

Al día siguiente Weis batió la marca del día anterior al mantenerse en el aire hasta 23 minutos. Anochece ya y el público, entusiasmado, al producirse el aterrizaje cogió al aviador en hombros y haciéndole luego objeto de varios honores, entre los que figuró el obsequio de una comida en los Marianistas. Su alarde aviatorio constituyó lo más destacado de las fiestas de verano.

Aún hubo un tercer festival el día 6, para el cual fue preciso madrugar, ya que se desarrolló a las cinco y media de la mañana con objeto de que lo pudieran ver los trabajadores sin merma de su jornal. Esa vez Weis logró tomar mayor altura que las anteriores veces y llegó hasta la dehesa de Oláritzu y la Granja Modelo.